

Encuentros a través del espacio y categorías: ¿trabajadoras domésticas como hilo conector en la ciudad segregada?

FRIEDERIKE FLEISCHER

En este artículo se analizan las conexiones, encuentros e intercambios que tienen lugar en y durante los movimientos diarios de las trabajadoras domésticas en Bogotá, Colombia. En específico, se examinan las relaciones e interacciones de las trabajadoras en sus lugares de residencia, durante el transporte, en sus lugares de trabajo y en otros contextos sociales —micropúblicos— para comprender el alcance y los límites de la segregación y la exclusión, así como las resistencias en las prácticas cotidianas de las mujeres. La investigación etnográfica muestra el relativo aislamiento social de las trabajadoras domésticas debido a las condiciones laborales y el distanciamiento social. El artículo contribuye a los debates sobre las desigualdades urbanas y el derecho a la ciudad.

PALABRAS CLAVE: trabajo doméstico, segregación, encuentros, micropúblicos, etnografía

Encounters across Space and Categories: Female Household Employees as Connecting Threads in the Segregated City?

This article analyzes the connections, encounters and exchanges that take place in and through the daily movements of domestic workers in Bogotá, Colombia. Specifically, it examines female employees' relations and interactions in their places of residence, during transportation, in their places of work, and in other social contexts—micro-publics— to understand the extent and limits of segregation and exclusion, as well as resistances in women's everyday practices. The ethnographic research shows household employees' relative social isolation that is due to labor conditions and social distancing. The article contributes to discussions about urban inequalities and the right to the city.

FRIEDERIKE FLEISCHER

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia
f.fleischer406@uniandes.edu.co

KEYWORDS: household labor, segregation, encounters, micro-publics, ethnography

Cada mañana, antes del amanecer, miles de mujeres abandonan sus hogares en la periferia de Bogotá. Por temor a que les roben, algunas se reúnen con sus vecinos, otras le piden a un miembro de la familia que las acompañe en su caminata hasta la parada de autobús más cercana. Aquí tiemblan de frío mientras esperan que el autobús llegue pronto y se detenga. Si tienen suerte, consiguen un asiento; sin embargo, la mayoría tendrá que permanecer de pie. Un viaje de 20 o 30 minutos las lleva a una de las estaciones troncales periféricas del sistema de autobús de tránsito rápido de Bogotá, donde se unen a miles de otros pasajeros, que se empujan mientras luchan por subir a uno de los autobuses rojos del Transmilenio. Apretujadas durante una hora o más, finalmente se bajan del autobús y caminan las últimas cuadras para llegar a los edificios de sus empleadores, en algún lugar de los vecindarios más ricos del norte de Bogotá. Allí se ponen el uniforme y hacen su rutina diaria: cocinan, limpian, lavan, organizan la casa, supervisan a los niños y todo lo demás que les pida “la señora” o “el doctor”. Entre las cinco de la tarde y las siete de la noche se ponen su ropa de nuevo y comienzan el viaje de vuelta a casa. Es posible que en el camino compren algunos comestibles o recojan a sus hijos, y luego quizá pasen las primeras horas de la noche en la organización de su propia casa antes de terminar su atareado día.

Bogotá, como otras ciudades de Latinoamérica, está altamente estratificada tanto en lo socioeconómico como en lo espacial, no sólo en términos de centro y periferia, sino también de un norte más rico y un sur más pobre. Esto se refleja en los patrones de movilidad de los residentes urbanos. Pocos residentes adinerados se aventuran a ir al sur de la ciudad, mientras que los residentes desfavorecidos de las periferias viajan con frecuencia hacia el norte, algunos a diario. Entre ellos, las más importantes son las trabajadoras domésticas, quienes cruzan la línea divisoria entre vecindarios marginados y áreas ricas cinco o seis veces a la semana. En efecto, los cuerpos y las prácticas de las trabajadoras domésticas conectan a las personas y lugares de la ciudad segregada. Desde los medios de transporte formales e informales que usan para llegar al trabajo, pasando por las redes sociales formadas con vecinos y familiares para superar los desafíos cotidianos, hasta las interacciones con sus empleadores y otras personas en sus lugares de trabajo, con su movimiento diario y su trabajo están involucradas en una multitud de encuentros diversos que cruzan

las fronteras físicas y conceptuales. Las trabajadoras domésticas son hilos que conectan la ciudad segregada. Al mismo tiempo, marcadas por su origen —con frecuencia, en el campo—, residencia, género, raza y clase, las mujeres también son excluidas y discriminadas.

Con base en datos etnográficos de un proyecto de investigación en curso sobre las trabajadoras domésticas de Bogotá, en este artículo examino el alcance y los límites de las conexiones, encuentros e intercambios que se desarrollan dentro y a través de los movimientos y la mano de obra diaria de las empleadas domésticas. ¿Qué tipo de interacciones e intercambios tienen las mujeres? ¿Qué facilita o inhibe estos procesos? ¿Cómo influyen el lugar, el tiempo, las prácticas y los —otros— cuerpos en sus experiencias cotidianas? El examen de la ciudad segregada a través de la lente de los encuentros de las trabajadoras domésticas resalta las interrelaciones que existen a pesar de —y a veces, debido a— la naturaleza segregada de la ciudad contemporánea. El documento contribuye así a los debates sobre las prácticas cotidianas y las realidades de la exclusión y la segregación en el espacio urbano.

A continuación, desarrollaré el marco teórico del artículo, en especial el concepto de encuentro y el de micropúblicos. Después haré una breve exposición de la situación de las trabajadoras domésticas en Colombia y daré más detalles sobre la metodología de la investigación. La mayor parte del ensayo muestra los hallazgos del proyecto, a saber, los encuentros de las trabajadoras domésticas en cuatro contextos particulares: sus barrios de residencia, el transporte, los lugares donde trabajan y otros escenarios sociales que toman importancia en su vida. Se discuten el alcance y los límites de los encuentros, lo que proporciona evidencia del aislamiento social relativo de las empleadas. El artículo concluye con una breve reflexión sobre estos resultados, con énfasis en cómo las condiciones laborales de estas mujeres se combinan con la movilidad de tal manera que los

encuentros que tienen pocas veces son productivos y no contribuyen a sus posibilidades de desarrollo personal y movilidad social. Es decir, aunque las trabajadoras domésticas son hilos conectores en la ciudad segregada, la estructura de esta segregación impide que mediante sus encuentros desarrollen otras relaciones, otra ciudadanía urbana.

Marco teórico

La desigualdad socioeconómica y la segregación socioespacial han sido una constante en la configuración de las ciudades latinoamericanas a lo largo del tiempo, con consecuencias concretas para la vida cotidiana de las personas (Rodgers, Beall y Kanbur, 2012). Bogotá, la capital de Colombia, con más de ocho millones de habitantes, es una de las ciudades más segregadas de la región. Esto se manifiesta tanto en términos de segregación de grupos étnicos y socioeconómicos como en términos de segregación de usos y funciones dentro de la ciudad (Thibert y Osorio, 2013). Además, el sistema local de subsidios a los servicios públicos ha contribuido a reforzar los estereotipos y las asociaciones negativas entre el espacio y la clase, con el efecto de que grupos enteros de la población son discriminados debido a su lugar de residencia en la ciudad.¹ Sin embargo, en el actual contexto posconflicto de Colombia es más urgente que nunca superar la segregación y las diferencias socioeconómicas y desarrollar una ciudadanía urbana pacífica.

1 La ciudad de Bogotá está clasificada según la relación vivienda-entorno: de estrato 1 —bajo— a 6 —alto—. Esta clasificación es la base para calcular el impuesto predial y los costos de los servicios públicos domiciliarios por medio de tarifas diferenciales que implican que los estratos altos pagan, en proporción, más que los bajos (Uribe y Pardo, 2006).



FELIPE RESTREPO ACOSTA EN WIKIMEDIA ▶ Transmilenio por la avenida Caracas, Bogotá, Colombia, diciembre de 2013.

La literatura refleja la realidad altamente desigual de Bogotá y otras ciudades latinoamericanas: la segregación, enmarcada en términos de discriminación por clases y relacionada con la vivienda, es un tema dominante (Rodríguez y Arriagada, 2003; 2004; Sabatini, 2003). En tiempos recientes, se enfatizan tendencias como la consolidación de invasiones de tierras y la aparición de conjuntos cerrados en la periferia urbana, y su relación con la desregulación de los mercados de tierras y el rápido ritmo de la suburbanización (Carter, 2003; Roberts, 2005; Coy, 2006).

Lo que este enfoque ha descuidado, sin embargo, es que incluso en las ciudades más segregadas hay momentos y prácticas cotidianas de contacto e interacción entre diferentes grupos (Jirón, 2012). Personas, instituciones e infraestructuras conectan

las diferentes partes de la ciudad: los vendedores ambulantes reclaman esquinas específicas en las que cuentan con una clientela recurrente, con diferentes estilos de vida (Porrás, 2018); los sistemas de transporte público no sólo conectan partes de la ciudad entre sí, sino que también son espacios en los que necesariamente se mezclan diferentes grupos de personas (Peterson, 2017). De hecho, la gente atraviesa la ciudad a menudo a diario. Además de los empleados públicos y los oficinistas, lo hacen sobre todo los trabajadores informales, las trabajadoras domésticas, los guardias de seguridad y los recolectores de basura, personas sin las cuales la vida urbana —y la segregación— no sería posible. En efecto, incluso en un contexto urbano tan segregado como el de Bogotá, existe un movimiento entre sectores que en apariencia están separados por completo y ocurre

alguna forma de intercambio entre grupos de personas extremadamente divididas en términos generales. Estas interacciones momentáneas y efímeras se han infravalorado en gran medida en los debates sobre la solidaridad y la construcción de comunidad (Peterson, 2017). Sin embargo, los académicos han comenzado a reconocer la importancia de los encuentros fugaces por su potencial para superar las diferencias sociales (Askins, 2015).

Encuentros

Las vidas de las personas de diversa situación socioeconómica, étnica y cultural se cruzan en lugares particulares; en estos encuentros espaciales se promulgan y negocian las diferentes identidades culturales, los intereses, el poder/conocimiento y las posiciones socioeconómicas (Ahmed, 2000; Fincher, 2003; Peterson, 2017; Thrift, 2005; Valentine, 2008).

En la geografía, el concepto de encuentro ha surgido para comprender la diferencia entre las esferas urbanas públicas y semipúblicas (Valentine, 2008). Arraigadas en la crítica de un énfasis excesivo en los espacios públicos urbanos como sitios cosmopolitas de encuentros pacíficos, tranquilos y aleatorios entre extraños, tanto en el trabajo clásico como en el actual (Jacobs, 1992; Augé, 1995; Donald, 1999; Sennett, 2002; Simmel, 2002; Binnie *et al.*, 2006), las geografías del encuentro urbano se centran cada vez más en la importancia de los contactos físicos que tienen lugar en los espacios compartidos en el momento de la interacción (Watson, 2009; Lim, 2010; Valentine y Waite, 2012). En tales encuentros entre diferentes grupos sociales y culturales en espacios públicos, las diferencias sociales y culturales no sólo se hacen evidentes, sino que las diversas identidades se ven obligadas a reaccionar e interactuar. El concepto de encuentro llama la atención sobre la cualidad relacional de las identidades y actitudes, y el papel activo que las emociones y la

espacialidad desempeñan en los procesos de alterización —*othering*— y racialización. Los encuentros son una ventana a la producción y reproducción de relaciones sociales, a los procesos de intercambio, así como a las prácticas de distanciamiento entre individuos y grupos. En los encuentros, las divisiones pueden afirmarse, pero también cambiarse, aunque no necesariamente se superen. Un encuentro siempre puede perturbar los límites preconcebidos y los estereotipos raciales (Leitner, 2012). En efecto, en lugar de destacar en demasía la interacción social duradera o repetida como generadora de cohesión social y comunidad, se reconocen los encuentros efímeros y de corta duración como momentos afectivos importantes en los que se negocian el estatus, la distinción y el poder (Foucault, 1980). El encuentro no sólo abre la posibilidad de inscribirse, sino también de desorientarnos de los hábitos, estereotipos y prejuicios hacia el “otro”, y crea la posibilidad de cambio y transformación.

Micropúblicos

Las investigaciones recientes sobre las geografías del encuentro urbano exploran si estos encuentros urbanos tienen la capacidad de moldear formas de comprensión y respeto mutuos, y de ser el caso, cuándo y por qué. En consecuencia, los trabajos más recientes sobre las geografías del encuentro urbano se enfocan en el ámbito de los micropúblicos, como los clubes deportivos, los clubes juveniles (Amin, 2002), los proyectos de integración de inmigrantes (Matejskova y Leitner, 2011), los mercados callejeros (Watson, 2009) o las parroquias urbanas (Andersson *et al.*, 2011), con la finalidad de examinar los procesos sociales que podrían perturbar los patrones familiares y permitir nuevos vínculos (Peterson, 2017). En los micropúblicos, los investigadores también han examinado la relación entre contextos espaciales particulares y la experiencia de vivir con diferencias.

En estas articulaciones de la microfísica del poder, los habitantes urbanos escenifican, reiteran y realizan sus múltiples identidades y conforman la negociación de la diferencia en la vida urbana. Al mismo tiempo, las opiniones y actitudes preconcebidas son potencialmente cuestionadas. Al ser momentos para ser reconocidos y reconocerse en los demás, intercambiar y negociar diferencias y similitudes, los encuentros pueden ofrecer la posibilidad de desarrollar un tipo diferente de ciudadanía (Irazábal, 2009).

Además de las discusiones teóricas sobre encuentros aleatorios entre extraños (Jacobs, 1992; Donald, 1999; Sennett, 2002), los estudios empíricos han comenzado a explorar el tema, por ejemplo, en Berlín (Dirksmeier y Helbrecht, 2015) o Rotterdam (Peterson, 2017). En este sentido, este artículo explora los múltiples encuentros que tienen las trabajadoras domésticas cada día en sus barrios, sus viajes por la ciudad y sus lugares de trabajo. Al ir sentadas al lado de un oficinista en el autobús; al interactuar con los empleados en tiendas y oficinas mientras cumplen encargos de sus empleadores; al patrocinar a un vendedor ambulante específico en sus lugares de trabajo o en casa; al pasar tiempo en una plaza, un parque público o un centro comercial junto con otros transeúntes, jóvenes patinadores y personas sin hogar, ¿qué pasa en estos encuentros cotidianos, transitorios, volátiles y fortuitos en los espacios urbanos? Además, observaremos encuentros más “duraderos”, como, por ejemplo, en las iglesias y lugares de trabajo. ¿Qué tan productivos, en un sentido transformador, son estos encuentros? ¿Contribuyen a la disminución de la segregación y desigualdad urbana o de los estereotipos sobre las trabajadoras domésticas, y en este sentido, a crear otro tipo de ciudadanía? Como lo veremos en la realidad de las trabajadoras domésticas, factores estructurales como sus condiciones laborales y su movilidad limitan por lo general las posibilidades de transformación que abren estos encuentros. Sólo en el micropúblico de algunas iglesias identificaremos

una dinámica distinta, lo que resalta la importancia de estos espacios para pensar en otra ciudad.

Trabajadoras domésticas en Colombia

Como ya hemos expuesto con anterioridad (Fleischer y Marín, 2019; Fleischer y Sepúlveda, 2020; Fleischer y Cárdenas, 2021), y desde la publicación de un estudio pionero sobre las trabajadoras domésticas en Latinoamérica (Chaney y García, 1989), los investigadores han explorado la situación legal y política de las trabajadoras domésticas en diferentes países de la región (Blofield, 2009; Brites, 2013; Dios, 2006; Saldaña, 2013), el trabajo doméstico como trabajo de mujeres (Lautier, 2003; Rico, 2001), así como la relación entre empleadores y trabajadoras domésticas (Masi, 2013; Santos, 2012). Estas investigaciones coinciden en que la posición de las trabajadoras domésticas está relacionada con las jerarquías sociales, raciales y económicas (Colen, 1990; Ehrenreich y Hochschild, 2003). La necesidad económica, la presión familiar, los papeles de género y la posición de clase han sido identificados como factores que contribuyen a que las mujeres trabajen en este sector a pesar de su naturaleza difícil y denigrante (Giles, 1992).

El trabajo doméstico siempre ha estado relacionado con la migración. En los últimos años, dentro del paradigma de la globalización, la migración laboral internacional es de interés primordial. Así, los estudios han examinado a las mujeres colombianas que se emplean como trabajadoras domésticas en diferentes contextos internacionales (Bonilla y Rodríguez, 2013; Parreñas, 2001; 2005; Riquelme, 2013; Salzinger, 1991). Sin embargo, históricamente, el sector laboral nacional se ha nutrido en particular de la migración del campo a la ciudad, en combinación con la reestructuración económica, las desigualdades económicas y los cambios en la división internacional del trabajo (Harzig *et al.*, 2006).

Una serie de características distinguen a este sector en Latinoamérica respecto de otras regiones. La migración hacia las zonas urbanas, por ejemplo, es desproporcionadamente femenina, lo que ha contribuido a la fuerza laboral y ha afectado las estructuras familiares en general (Rollins, 1990). En Colombia, históricamente, una combinación de factores contribuyó a que un gran número de mujeres se emplearan como trabajadoras domésticas (García, 2012). A partir de 1930, el crecimiento de las familias y la presión económica resultante incitaron a los jóvenes a buscar trabajo a una edad temprana para ayudar a la economía familiar. El resultado fue una creciente migración a las ciudades. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, pocas mujeres trabajaban en la esfera pública, a excepción de las camareras, las vendedoras y las trabajadoras sexuales. Emplearse como trabajadoras domésticas, en cambio, se consideraba apropiado para las mujeres jóvenes, en especial porque por lo regular vivían con las familias para las que trabajaban. Este tipo de arreglo laboral se reflejaba en la arquitectura urbana. Hasta hace muy poco, los apartamentos de la clase media y alta colombiana incluían una habitación separada y un baño cerca de la cocina para la empleada doméstica que vivía en la casa. No obstante, la cifra de mujeres trabajadoras domésticas no ha disminuido. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, 2018), en 2017 había más de 700 000 personas trabajando en este sector, de las cuales 96.6% eran mujeres.

Las condiciones laborales de las trabajadoras domésticas se han formalizado poco a poco desde hace varios años (Fleischer y Cárdenas, 2021). Por ejemplo, en 2012 se aprobó la Ley 1595, que reconoce el Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo sobre trabajo decente para todos los trabajadores domésticos, incluidas las mujeres. Se estableció una jornada laboral máxima de ocho horas,² un salario determinado, pago de horas extras, recargos dominicales y festivos. Asimismo, la

ley garantiza el pago de seguridad social, auxilio de transporte y de cesantías —que incluyen intereses—, y el derecho a vacaciones (Congreso de la República de Colombia, 1951). Otras legislaciones regularon la prima de servicios y el derecho a prestaciones. Finalmente, la designación de “sirvienta” fue declarada discriminatoria y violatoria de la dignidad humana de las trabajadoras domésticas (Montoya, 2019).

Sin embargo, estos avances en términos de la regulación del sector esconden otra realidad, a saber, un alto nivel de informalidad. Así, el Ministerio de Trabajo supone que existe más de un millón de trabajadores y trabajadoras domésticos, y sus derechos con frecuencia no se respetan o las autoridades no los hacen cumplir. En 2013 se calculó que 61.9% de las trabajadoras domésticas habían ganado entre un tercio y la mitad del salario mínimo vigente, y la mayoría trabajaba entre diez y 18 horas diarias sin recibir pago por horas extras; sólo 33.3% había tenido acceso a la seguridad social y la mitad no estaba afiliada a pensiones (De Cicco, 2014).³ Además, con frecuencia sufrían maltrato y racismo.

En consecuencia, la organización Hablemos de Empleadas Domésticas (2019) resalta la vulnerabilidad de estas trabajadoras, quienes muchas veces no tienen tarjeta de identidad, sufren de alfabetismo o su escolaridad es mínima, no tienen acceso al sistema bancario y su participación política es poca: “es decir, son invisibles, por no decir inexistentes para el Estado, la democracia y sus instituciones. La mayoría desconoce las leyes que las protegen y los mecanismos para exigirlos, y se enfrenta al desempleo cuando expresa sus derechos”.

2 Diez horas para las trabajadoras internas.

3 Según el Ministerio de Salud, en 2017 sólo 15% tenía seguridad social (Montoya, 2019).

Investigación

TRASFONDO GENERAL DE LAS INTERLOCUTORAS

La información para este apartado se basa en los resultados de una primera fase del proyecto de investigación antropológico en curso, sobre la movilidad y la experiencia subjetiva del espacio urbano entre las trabajadoras domésticas en Bogotá, en la que participaron 40 mujeres.⁴

Para explorar la interconexión y relación entre fenómenos sociales como la desigualdad económica, la segregación espacial y la capacidad de movilidad y movimiento en la vida de las mujeres, empleamos principalmente métodos etnográficos, como la observación participante y entrevistas no estructuradas y semiestructuradas. Además, hicimos recorridos con algunas de las trabajadoras, tanto en sus trayectos diarios por la ciudad como en sus lugares de residencia, para analizar cómo ellas interactúan con el espacio urbano. A partir de la georreferenciación, hicimos mapeos espaciales que nos permitieron dimensionar la movilidad de las mujeres en el entorno urbano. También hicimos cartografías sociales de sus relaciones y usamos fotografías de lugares clave, identificados por ellas, como documentación e instrumento de investigación.

Las interlocutoras viven en zonas periféricas de Bogotá, como Suba, Engativá, Bosa, Tunjuelito, Ciudad Bolívar y Usme (véase el mapa 1). Estas áreas tienden a carecer de servicios y comodidades, sufren de problemas de transporte y muestran altos niveles de inseguridad. Mientras que estas localidades están lejos de ser homogéneas desde el punto de vista socioeconómico, étnico o estructural, el entorno de vida inmediato de las mujeres lo es —relativamente—, y las diferencias generales con sus lugares de trabajo, según las propias mujeres, son profundas. Además, muchas de ellas habitan en viviendas de baja calidad, a menudo autoconstruidas, que ofrecen poca comodidad y un espacio

limitado. Algunas son propietarias de sus casas; otras, dependiendo de su situación familiar, alquilan una casa, un apartamento o una habitación con cocina compartida.

Alrededor de la mitad de las interlocutoras emigraron del campo, ya sea con su familia o solas, en búsqueda de oportunidades de educación o de empleo; algunas también huyeron de abuso físico o sexual y de la inseguridad. La mayoría tiene poca educación, como máximo el título de bachillerato. Hasta ahora, dos tercios de ellas son madres solteras con dos o más hijos. Su edad oscila entre los 25 y los 65 años.

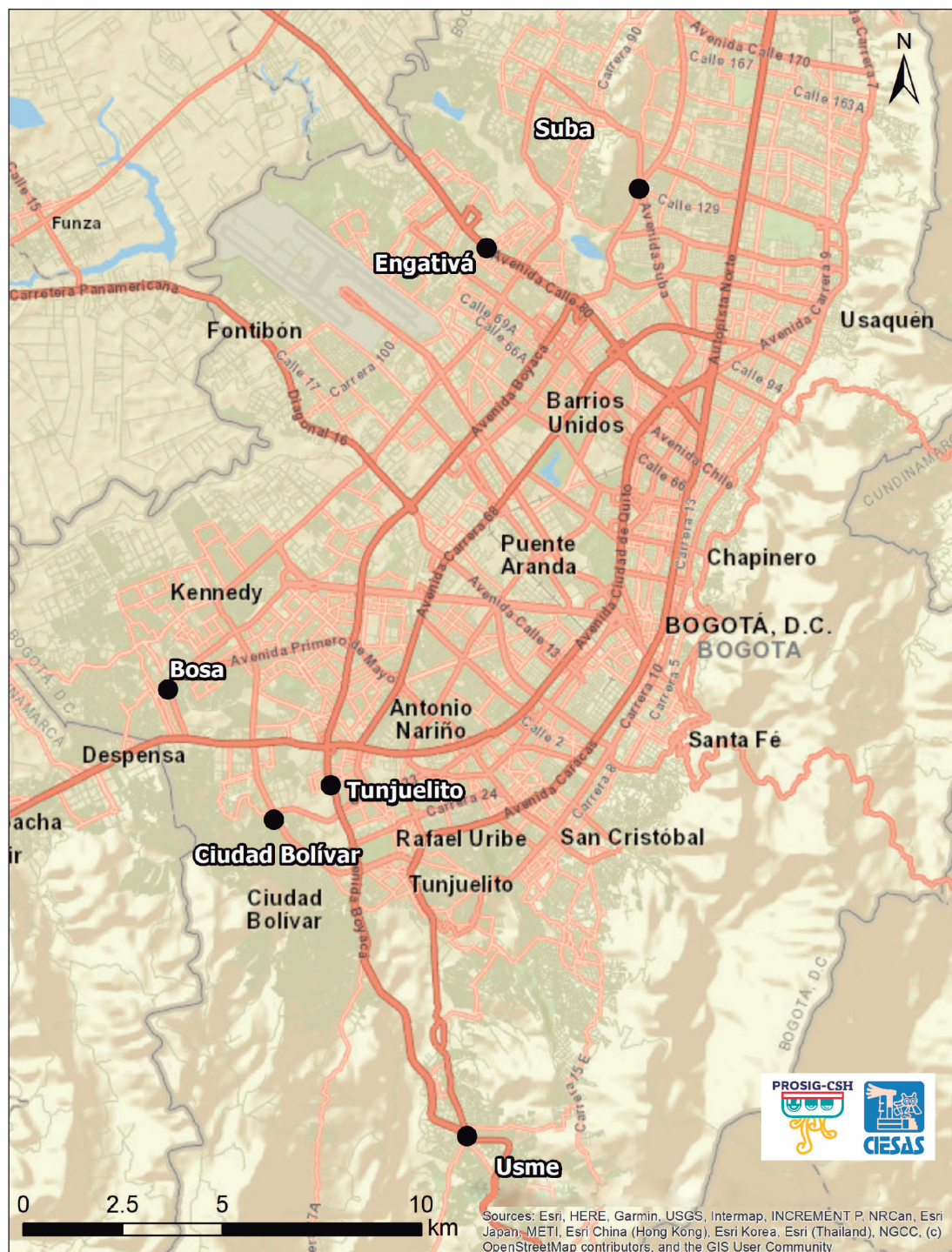
La mayoría de las interlocutoras empezó a desempeñarse como trabajadora doméstica a una edad temprana, por necesidad económica y por falta de educación. Entre las mujeres mayores, varias empezaron a trabajar de niñas, a menudo como internas, viviendo en los hogares en los que laboraban. Sin embargo, era común que cambiaran de ocupación en diferentes momentos de sus vidas, por ejemplo, para trabajar como vendedoras, en una fábrica o algo similar, antes de volver al trabajo doméstico. La decisión de mudar de trabajo suele estar motivada por cambios en sus circunstancias personales, como el nacimiento de un hijo:

Salí a trabajar en casas de familia. Cuando mis hijos eran pequeños yo trabajaba en casas de familia de lunes a sábado. Luego tuve que trabajar en babcas, allí era de domingo a domingo, descansando sólo un día de la semana. Hasta que llegué aquí [de vuelta al trabajo doméstico] (entrevista con Mónica, Bogotá, 13 de agosto de 2019).⁵

4 Los contactos se establecieron por medio del método de bola de nieve, ya que la falta de tiempo y de confianza hace difícil llegar a las trabajadoras.

5 Se utilizan seudónimos para proteger la privacidad de las interlocutoras.

MAPA 1. RESIDENCIA EN ÁREAS PERIFÉRICAS DE BOGOTÁ, COLOMBIA



Fuente: Elaboró Bulmaro Sánchez con base en datos de la investigación.

El trabajo doméstico es físicamente exigente, mal remunerado e implica largos viajes diarios que prolongan la jornada laboral. Sin embargo, las mujeres relatan que en el sector doméstico ellas deciden cuántos días trabajan, según su situación económica y personal; además, el horario de trabajo, en general, es más negociable que en el empleo formal. Puesto que la ideología de género les asigna mayores responsabilidades domésticas y de crianza de los hijos, y los padres de sus hijos a menudo están ausentes —tanto en el aspecto físico como en el financiero—, ellas dicen que el trabajo les ofrece más flexibilidad para responder a sus obligaciones como madres, esposas e hijas en su propio hogar.

Entre las interlocutoras con las que hemos trabajado hasta ahora, sólo una era miembro de la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico (Utrasd). En realidad, era una de las fundadoras de este sindicato. En general, cuando se les preguntaba a las demás por la Utrasd, la explicación típica para justificar su desinterés era que tenían una buena relación con los empleadores de ese año. Esto es expresión de su limitado conocimiento sobre sus derechos y sobre la precariedad de sus condiciones laborales. Las trabajadoras domésticas ganan el salario mínimo oficial —781 242 pesos colombianos en 2018—, o más probablemente, lo equivalente aproximado por día. Sólo una de nuestras interlocutoras trabajaba como interna, todas las demás trabajaban hasta en cuatro hogares diferentes a lo largo de la semana; algunas también los sábados.

ENCUENTROS

Con sus viajes diarios a través del paisaje urbano, podemos concebir a las trabajadoras domésticas como hilos que conectan a la ciudad segregada. A lo largo de su día tienen múltiples encuentros con diversos residentes urbanos. Sin embargo, a pesar de su movilidad diaria y los encuentros con múltiples y

diversos agentes, aquí sostenemos que las trabajadoras domésticas llevan una vida muy independiente —autosuficiente, retirada—. Es decir, debido a los regímenes laborales locales, la morfología urbana segregada, la desigualdad socioeconómica y los prejuicios de clase o estratos, así como la desconfianza generalizada hacia los demás —que es importante—, la mayoría de las mujeres de este proyecto de investigación no tiene el tiempo, la oportunidad o incluso mucho interés en encuentros más profundos, más productivos o transformadores. Para dar la vuelta al argumento, las características de la vida de las trabajadoras domésticas —sus condiciones laborales, la segregación, la desigualdad socioeconómica, la desconfianza— parecen estar tan profundamente arraigadas que los encuentros son ineficaces, o de hecho se convierten en desencuentros,⁶ lo que causa o refuerza la diferencia y la segregación. Las que están involucradas en instituciones sociales como iglesias o grupos comunitarios, principalmente, son quienes tienen encuentros de un tipo diferente y más transformador con otras personas, incluso de otros estratos socioeconómicos y diferentes vecindarios. Curiosamente, éstas también parecen ser las que hablan de interacciones diferentes con sus empleadores, en las que están más seguras de sí mismas.

En lo que sigue hablaré de cuatro contextos de la vida cotidiana de las trabajadoras domésticas que implican encuentros: el lugar de residencia, el transporte, el trabajo y los espacios sociales —micropúblicos—.

LOCALIDAD DE RESIDENCIA

La mayoría de las interlocutoras en realidad tenía pocos contactos en su lugar de residencia. La excepción era la interacción con los miembros de la familia,

6 Comunicación personal con J. Ruiz-Tagle, 2019.

si vivían cerca, lo que se verificaba en cerca de la mitad de los casos de las mujeres entrevistadas hasta ese momento. De hecho, los parientes eran a menudo la razón por la que vivían en un barrio en particular. Ya sea porque sus padres se habían instalado allí o porque se mudaron con un hermano mayor después de llegar a la ciudad, e incluso después de formar su propio hogar continuaron viviendo cerca: “llegué a Bogotá y encontré a mi hermano mayor [quien ya vivía en la ciudad] y me trajo aquí, a Villa Gloria [donde ella vive ahora]” (entrevista con Leidy, Bogotá, 22 de julio de 2019).

Si la familia no vivía cerca, las mujeres solían tener un contacto muy limitado con ella, principalmente debido a su falta de tiempo y la complicada situación del transporte. Esto subraya el impacto de la estructura urbana desigual en sus relaciones sociales, algo que comparten con la población de estratos bajos en general. Sin embargo, cerca de la mitad de nuestras interlocutoras se había peleado con sus familias de origen y había cortado conscientemente todo contacto; a menudo vivían en el vecindario de sus ex maridos, con quienes el contacto era limitado y variable.

Con independencia de cómo habían llegado a vivir en sus lugares de residencia, muchas de ellas reportaron tener poco contacto con sus vecinos. Una ocasión era reunirse con una vecina para caminar juntas hasta la estación del autobús en las tempranas e inseguras horas de la mañana. Sin embargo, sólo unas pocas recurrían a esta estrategia; eran más propensas a pedirle a un hijo adulto que las acompañara. Era notorio que ninguna de las mujeres que entrevistamos hablaba de amigas, ni en el vecindario ni más allá:

Es principalmente la familia [con la que tengo contacto] porque, por ejemplo, mi hija vive al lado, mi otra hija vive al lado, mi madre y mi hermana viven al lado, así que esas son las relaciones principales que yo tengo. Con la gente del barrio digo

“hola” pero, en cuanto a la amistad, no (entrevista con Luz, Bogotá, 26 de mayo de 2019).

De hecho, la mayoría de las mujeres no estaba interesada en los contactos sociales, pero consideraba su relativo aislamiento como algo positivo: “se meten en sus propios asuntos”, comentó Sandra sobre sus vecinos (entrevista, Bogotá, 4 de junio de 2019). Sin embargo, también debemos tener en cuenta que, debido a sus largas horas de trabajo, tampoco tenían mucho tiempo para desarrollar o cultivar relaciones sociales en su vecindario ni en otros lugares:

Nada de eso, de amigos. Digamos que amistades casi no tengo porque ahorita prácticamente me la paso es acá en el trabajo, yo trabajo de lunes a viernes. Y en mi trabajo tampoco es que me hable con la gente, sólo “buenos días” o “buenas tardes” y ya. Y en el apartamento pues es lo mismo... Sólo con la vecina, que es una señora de al lado con la que me hablo (entrevista con Mónica, Bogotá, 13 de agosto de 2019).

Pues así que le pueda decir, del barrio, no tengo mucho porque yo salgo a las cuatro de la mañana y llego a las 10:00-11:00 de la noche. No tengo contacto con él [el barrio], no me hablo con nadie, precisamente. Ahí lo único que me gusta es que la gente no está tan pendiente de uno, si salió o si entró (entrevista con Sandra, Bogotá, 4 de junio de 2019).

A pesar de la falta de relaciones sociales más allá de la familia inmediata, en la mayoría de los casos las mujeres expresaron una conexión emocional con sus lugares de residencia, donde también solían pasar la mayor parte de su tiempo libre. Cuando se les preguntó qué les gustaba de su lugar de residencia, hablaron principalmente de estar familiarizadas con el lugar, a pesar de que también hicieron comentarios sobre la falta de seguridad:



ELI DUKE EN FLICKR ▶ Interior del Transmilenio, Bogotá, Colombia, junio de 2011.

A mí el sur me gusta porque hay ambiente. Esto, aquí [en el norte], un domingo, es solo, o sea, nada que ver. Es aburrido.

Entrevistadora: *¿Qué hay en su barrio que le parece chévere?*

No hay algo así que sea súper chévere, pero se ve mucha movilidad de gente. Que vengan, que vayan. A las cinco ya están yendo la gente con los niños a jugar, a montar “cicla” [bicicleta], a la ciclo vía (entrevista con Lorena, Bogotá, 18 de julio de 2019).

La tranquilidad [es lo que me gusta], claro está que últimamente se está volviendo muy inseguro. A mí, gracias a Dios, nunca me ha pasado nada y a mis hijos tampoco. Pero sí se escucha mucho rumor de que están robando mucho, que se están metiendo

a los apartamentos... Detrás de ellos sí viene gente peligrosa. Ya empezaron a llegar los jíbaros, allá. Por ejemplo, hace poco estaban haciendo limpiezas, eso dicen. Hubo varias balaceras, hubo muertos. Uno no sabe si tenían o no tenían que ver, pero mataron a un muchacho ahí. Por lo mismo, es que ya era demasiado, o sea, usted, a las 8:00 de la noche estaban fumando ahí (entrevista con Mónica, Bogotá, 13 de agosto de 2019).

En el área donde viven las mujeres, los parques públicos son populares para pasar el tiempo libre los fines de semana. Pero una vez más, la interacción con los demás es mínima. Ellas van con su familia o hijos, o pasan el tiempo solas:

Bueno, en el barrio lo que más hago es salir al parque, al parque El Tunal, que queda cerca. Y casi

todos los días salgo a la tienda a comprar el mercado. O en la noche llego a comprar el mercado de la comida o cositas que me falten. Pero de resto casi no salgo a dar vueltas ni nada, no (entrevista con Dora, Bogotá, 6 de junio de 2019).

La falta de interacción o de interés en los residentes del mismo barrio, además, se ve influenciada por el distanciamiento social de casi todas las interlocutoras, quienes solían enfatizar que no confiaban en los corresidentes porque eran criminales, drogadictos, mal educados o de otro tipo: “no son de las personas que dice uno: ‘tienen estudio, son así...’ No. Sí me gustaría otro barrio para mis hijos” (entrevista con Sandra, Bogotá, 4 de junio de 2019).

TRANSPORTE

Para ir y volver del trabajo, las trabajadoras domésticas utilizan diferentes medios de transporte. Sus viajes, con frecuencia, comienzan con una caminata de diez a 20 minutos hasta una parada; un viaje en autobús con uno o más intercambios entre sistemas y rutas, y otra caminata para llegar a la casa de sus empleadores. Son muy pocas las que utilizan medios de transporte alternativos —por ejemplo, mototaxis o taxis—, debido principalmente a la falta de dinero —cuanto más diferentes sean los medios de transporte, más caro será el viaje—, pero también por razones de seguridad.

Debido a que estas mujeres son trabajadoras informales contratadas de manera individual y tienen que aceptar cualquier posición disponible, hay pocas posibilidades de que las vecinas u otros miembros de la familia compartan la misma ruta de transporte al trabajo. Además, la mayoría de ellas trabaja en varios hogares diferentes durante la semana, lo que limita aún más los encuentros diarios repetidos con una vecina en el viaje. Ninguna de nuestras interlocutoras iba a trabajar con alguien

que conocía, ni recordaba haber conocido a alguien en sus viajes.

En general, debido a la duración de sus viajes, el hacinamiento y la falta de civismo, las mujeres experimentan estos viajes como desafíos diarios que las dejan exhaustas y angustiadas:

Por el contrario [en los autobuses del Sistema Integrado de Transporte Público], como que la gente más se sale para que los otros no quepan. O sea, no tienen como cooperativismo de que “venga, entremos todos, nos acomodamos”. No, el que primero entró y el que se quedó, se quedó (entrevista con Sandra, Bogotá, 4 de junio de 2019).

TRABAJO

La mayoría de las interlocutoras tenía poco o ningún contacto dentro de los barrios en los que trabajaba, excepto en la casa de su empleador. Solían ir a trabajar y luego irse, nada más. Las pocas mujeres que dijeron que conocían a alguien en sus lugares de trabajo se referían a otras empleadas; sin embargo, su contacto no iba más allá de encuentros ocasionales y charlas rápidas:

Aquí [conozco] a las señoras del aseo. Amigas que trabajen por acá en el barrio, no. Las señoras del aseo, que son dos... Nos hablamos y eso. Allá en Alcalá [su otro lugar de trabajo], la muchacha que trabaja también en el aseo, hablamos y eso (entrevista con Diana, Bogotá, 24 de mayo de 2019).

No, eso sí no [tener amigos en el vecindario de trabajo], yo salgo del trabajo y de una para la casa... Yo salgo es a mil, yo no tengo amigos ni nada, lo que me demore cogiendo el bus y llego aquí e igual. En el bus [es] normal que a uno le entablen la conversa, pero de ahí más no. Yo soy poco “compinchera”, esas vainas no me gustan (entrevista con María, Bogotá, 10 abril de 2017).

Las mujeres decían que cuando hacían diligencias para sus empleadores, si llevaban sus uniformes, se sentían respetadas por los demás. Sin embargo, si llevaban su propia ropa, eran blanco de sospechas y desconfianza; por ejemplo, por la forma en la que los guardias de seguridad las seguían en un supermercado:

Me sentía como que lo miraban a uno como si uno fuera... Me sentía mal [al] entrar a los supermercados, como que lo siguen a uno o porque lo ven a uno así, dicen que se va a llevar algo y es incómodo. Eso sí me da piedra que uno va saliendo y le esculcan; eso sí me ha pasado, pero pues igual yo me siento más cómoda de irme con mi delantal que irme con mi ropa de diario... Porque, digamos, acá en el norte se ven las personas que venimos del sur y se ven las personas del norte. Entonces, si yo entro con mi ropa normal a Carulla [el supermercado], los celadores le tienen los ojos a uno encima como si uno... y eso es incómodo. Entonces yo me pongo mi delantal y voy y hago mis compras y ya uno se siente como que más cómodo, ya lo miran a uno mejor, no sé por qué (entrevista con María, Bogotá, 10 abril de 2017).

A una mujer que se había aventurado con su hija con movilidad ascendente a un restaurante en el vecindario donde trabajaba se le preguntó si realmente podía permitirse comer allí:

Uno va a unos restaurantes así, bien, y lo primero que hacen es mirarlo a uno como diciendo: “usted no puede entrar aquí porque no puede pagar”. Nos pasó hace poco, con mi hija, en la zona T. Entramos a un restaurante y nos miraron como: “¿usted sí tiene plata? ¿van a pagar con efectivo o con tarjeta?”. Nos sentimos como... (entrevista con Consuelo, Bogotá, 23 de febrero de 2017).

Más allá de esto, a pesar de que nuestras interlocutoras comentaron que sentían que los vecindarios en

los que trabajaban eran más agradables y seguros que sus propios lugares de residencia, les faltaba tiempo para disfrutar del ambiente atractivo antes o después de que terminara su turno.

En general, describieron la relación con sus empleadores como buena. Sin embargo, es común que hagan su trabajo en “las sombras”: trabajan en la cocina, fuera de la vista de los empleadores, comen por separado y sólo hablan cuando se les dirige la palabra. Cuando se les preguntó de manera más específica sobre su relación, la mayoría relató que reciben instrucciones —a veces por escrito— y no mucho más. Algunas hablaron de conversaciones que describieron así: “ellos [los empleadores] me preguntan algo y yo respondo”, lo que parece un intercambio muy unilateral. Varias de ellas comentaron que tratan de “no estar en su camino”:

Son muy buena gente. Pero es como todo, ella a veces está en su momento de estrés, está como estresada o algo, pero como tal nosotras nunca hemos tenido encuentros. Cuando ella está así, yo ya sé que está brava, entonces trato de no hablarle o trato de salir e irme. Es muy poco lo que nos encontramos. En estos días nos hablamos seguido porque la mamá está enferma. Normalmente, pasan ocho o 15 días en que yo no me hablo ni me veo con ella (entrevista con Diana, Bogotá, 24 de mayo de 2019).

Es evidente que las convicciones profundamente arraigadas sobre la clase y la posición de cada uno en la sociedad afectan los encuentros entre las empleadas y sus empleadores. Esto comentó Flora: “como dije, cuando se ve que no tienes educación, que no has tenido estudios avanzados, te tratan como si fueras de ‘allí’ [barrios pobres]” (entrevista, Bogotá, 27 de junio de 2019).

Sin embargo, una vez más, también es un problema la limitación de tiempo y el régimen laboral. Ellas necesitan terminar su trabajo a tiempo, mientras que sus empleadores —en su mayoría— están



LUCÍA ESPINOZA NIETO ▶ Vista aérea de Bogotá, Colombia, 2016.

sujetos a regímenes laborales que limitan sus horarios, y por lo tanto, también la interacción con las empleadas. En gran parte de los casos, las empleadas llegaban a preparar el desayuno para sus empleadores, quienes luego se iban a trabajar. Las trabajadoras domésticas recibían a los niños a su regreso de la escuela, pero se iban generalmente antes de que los adultos volvieran del trabajo a casa. Por lo tanto, la interacción social con los empleadores es bastante limitada. Sin embargo, la relación con los hijos de los empleadores se describe a menudo como —emocionalmente— estrecha.⁷

ESPACIOS SOCIALES —MICROPÚBLICOS—

Entre los espacios sociales en los que las interlocutoras pasan parte de su tiempo libre se encuentran los centros comerciales y la iglesia. Los fines de semana las mujeres pueden visitar un centro comercial cercano, por lo general junto con miembros de la familia. Algunas lo hacen para ir de compras, pero

7 Este asunto se profundizará en la continuación del proyecto.

la mayoría lo hace para pasear: “vamos al centro comercial, y como dicen, sólo ‘vitrireamos’ un ratito. Hay veces que vamos a cine ahí. Eso es lo que más” (entrevista con Dora, Bogotá, 6 de junio de 2019).

El otro espacio social que visitan, además de los parques, es la iglesia; también, en su mayoría, dentro de su propio vecindario. De hecho, la iglesia parece ser el único espacio/contexto/institución en el que tienen encuentros personales, productivos, con “otros”, en términos de educación, clase y también lugar de residencia. Pero no necesariamente, porque muchas de ellas son más propensas a asistir a las iglesias locales, las cuales, debido a la estratificación local de los barrios, son bastante homogéneas, al menos en términos de clase:

Digamos que [he tenido contacto] con mis jefes, que son de mucho estrato. He tenido una relación más cercana, más que de empleado a jefe, de amigos. El trato con ellos no es muy frecuente, pero se da el trato. En la iglesia también, porque ahí no interfiere el estrato social. Entonces, en mi iglesia, *sí tengo relación con amigos de estratos mucho más altos* (entrevista con Nelsa, Bogotá, 18 de julio de 2019).⁸

Conclusión

Como hemos mostrado en este artículo, las trabajadoras domésticas en Bogotá son hilos conectores, por la multitud de encuentros que tienen en su vida diaria. Sin embargo, como se hace evidente, la mayoría de estos encuentros es de naturaleza efímera y es dudoso que tengan un impacto en la vida de los actores.

En general, la vida de las interlocutoras se caracteriza por la falta de contactos sociales más allá de la familia y por un relativo anonimato, que en realidad es apreciado por muchas de ellas. Sin embargo, el aislamiento social en el que viven también

se debe a su falta de tiempo. Los regímenes laborales locales, en combinación con las ideologías de género y los desafíos del transporte y la movilidad en la ciudad segregada, dejan pocas oportunidades, poco tiempo y casi ningún interés en la interacción social con los demás. La segregación social profundamente inscrita, junto con una falta general de confianza en los extraños, incluidos los vecinos y los empleadores, limitan aún más los encuentros de estas mujeres con los demás. Por otro lado, existe una tendencia generalizada a distanciarse —distinguirse— social, moral y económicamente de los corresidentes del lugar.

La excepción notable a esta autosuficiencia son las relaciones con su familia, incluso si un número significativo de ellas había roto los lazos con sus parientes. Aquellas que mantienen relaciones con al menos algún miembro de la familia hacen el esfuerzo de vivir cerca. La otra excepción son las mujeres que participan en organizaciones comunitarias o en la iglesia. Sin embargo, al menos algunas interlocutoras tuvieron encuentros más que fugaces en estas instituciones o por medio de ellas. Además, algunas mostraron menos desconfianza general hacia los extraños, tenían más confianza en sí mismas y estaban abiertas al intercambio social.

En este sentido, la investigación pone en duda la idea de que los encuentros cotidianos, efímeros, transitorios, volátiles y fortuitos en los espacios urbanos podrían contribuir a la disminución de la segregación, las desigualdades y estigmatizaciones que sufren las trabajadoras domésticas, tanto como otras poblaciones desfavorecidas. Las condiciones estructurales que circunscriben la vida de las trabajadoras domésticas —sus condiciones laborales en combinación con los retos de la movilidad y la

8 Este importante aspecto sería un enfoque para la profundización de la investigación cuando se pueda retomar después de la pandemia por coronavirus.

resultante falta de tiempo— son demasiado fuertes para permitir que ni las trabajadoras ni las personas con quienes interactúan sean afectadas. Si hay alguna posibilidad de que estos encuentros se vuelvan productivos, ésta se daría, como argumenta también Gill Valentine (2008), no en los espacios públicos ni en los privados, sino en los micropúblicos, como lo ha resaltado Ash Amin (2002). Sólo en las iglesias

existe un aspecto de los encuentros e intercambios que sugiere un cruce de límites entre clases, prejuicios y diferencias de poder. Por lo tanto, podemos concluir que, en el contexto local, los micropúblicos podrían jugar un papel importante a la hora de generar encuentros potencialmente transformativos para las trabajadoras domésticas en Bogotá, para generar otros tipos de ciudadanía y otra ciudad. **D**

Bibliografía

- Ahmed, Sara, 2000, *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality*, Routledge, Londres.
- Amin, Ash, 2002, "Ethnicity and the Multicultural City: Living with Diversity", en *Environment and Planning A: Economy and Space*, vol. 34, núm. 6, pp. 959-980.
- Andersson, Johan, Robert Vanderbeck, Gill Valentine, Kevin Ward y Joanna Sadgrove, 2011, "New York Encounters: Religion, Sexuality, and the City", en *Environment and Planning A: Economy and Space*, vol. 43, núm. 3, pp. 618-633.
- Askins, Kye, 2015, "Being Together: Everyday Geographies and the Quiet Politics of Belonging", en *ACME. An International Journal for Critical Geographies*, vol. 14, núm. 2, pp. 470-478.
- Augé, Marc, 1995, *Non-Places: Introduction to an Anthropology of Supermodernity*, Verso, Londres y Nueva York.
- Binnie, Jon, Julian Holloway, Steve Millington y Craig Young (eds.), 2006, *Cosmopolitan Urbanism*, Routledge, Londres.
- Blofield, Merike, 2009, "Feudal Enclaves and Political Reforms: Domestic Workers in Latin America", en *Latin American Research Review*, vol. 44, núm. 1, pp. 158-190.
- Bonilla-Vélez, Gloria y Mercedes Rodríguez-López, 2013, "Migración femenina desde el caribe colombiano. Una mirada a sus espacios laborales en destino", en *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, núm. 21, pp. 152-178.
- Boggs, Carl, 1977, "Marxism, Prefigurative Communism, and the Problem of Workers' Control", en *Radical America*, vol. 11, núm. 6, pp. 99-122.
- Brevis, Hernán Riquelme, 2014, "Empleo doméstico en Navarra. Reflexiones en torno a la percepción de las mujeres sudamericanas inmigradas, sobre su experiencia en el ámbito del cuidado", en *Universum*, vol. 1, núm. 29, pp. 139-152.
- Brites, Jurema, 2013, "Trabajo doméstico en Brasil: transformaciones y continuidades de la precariedad", en *Trayectorias*, vol. 15, núm. 36, pp. 3-19.
- Carter, James Christopher, 2003, "Neoliberal Economic Reforms and Urban Sociospatial Change in Latin America: The Case of La Serena-Coquimbo, Chile", tesis de doctorado en geografía, Department of Geography-University of California, Santa Bárbara.
- Chaney, Elsa M. y Mary García, 1989, *Muchachas No More. Household Workers in Latin America and the Caribbean*, Temple University Press, Philadelphia.
- Cicco, Gabby de, 2014, "La brecha entre las leyes y la realidad para las trabajadoras domésticas colombianas", en *AWID*, 4 de septiembre. Disponible en línea: <<https://www.awid.org/es/noticias-y-an%C3%A1lisis/la-brecha-entre-las-leyes-y-la-realidad-para-las-trabajadoras-domesticas>>.
- Colen, Shellee, 1990, "Housekeeping for the Green Card: West Indian Household Workers, the State, and Stratified Reproduction in New York", en Robert Sanjek y Shellee Colen (eds.), *At Work in Homes: Household Workers in World Perspective*, American Anthropological Association, Washington, D.C.
- Congreso de la República de Colombia, 1951, "Ley 3743 de 1950: Código Sustantivo del Trabajo", en *Diario Oficial*, núm. 27.622.
- Coy, Martin, 2006, "Gated Communities and Urban Fragmentation in Latin America: The Brazilian Experience", en *Geo Journal*, vol. 66, núms. 1-2, pp. 121-132.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), 2018, *Boletín técnico. Cuenta Satélite de Economía del Cuidado-CSEC 2017*. Disponible en línea: <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol_CS_Econo_cuidado_TDCNR_2017.pdf>.

- Díos Herrero, Mariana de, 2006, "El trabajo de las empleadas domésticas: entre lo doméstico (privado) y lo asalariado (público)", en *La Aljaba*, núm. 10, pp. 157-174.
- Dirksmeier, Peter e Ilse Helbrecht, 2015, "Everyday Urban Encounters as Stratification Practices", en *City*, vol. 19, núm. 4, pp. 486-498.
- Donald, James, 1999, *Imagining the Modern City*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Ehrenreich, Barbara y Arlie Russell Hochschild (eds.), 2003, *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Granta Books, Londres.
- Fincher, Ruth, 2003, "Planning for Cities of Diversity, Difference and Encounter", en *Australian Planner*, vol. 40, núm. 1, pp. 55-58.
- Fleischer, Friederike y Andrea Cárdenas, 2021, "Las travesías de las empleadas domésticas en Bogotá: movilidad como componente de la explotación laboral", en Helena Alviar, Lina Céspedes, Natalia Ramírez y Laura Porras (eds.), *Mujeres y trabajo*, Ediciones Uniandes, Bogotá, pp. 149-174.
- Fleischer, Friederike y Keren Marín, 2019, "Atravesando la ciudad. La movilidad y experiencia subjetiva del espacio por las empleadas domésticas en Bogotá", en *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, vol. 45, núm. 135, pp. 27-47.
- Fleischer, Friederike e Ivette Shirley Sepúlveda Sanabria, 2020, "'Like Sardines in a Can'. Gender Stratification, and Mobility in the Lives of Female Household Employees in Bogotá, Colombia", en Daniel Oviedo Hernandez, Natalia Villamizar, Ana Marcela Ardila (eds.), *Urban Mobility and Social Equity in Latin America: Evidence, Concepts, Methods*, vol. 12: *Transport and Sustainability*, Emerald, Bingley, pp. 85-102.
- Foucault, Michel, 1980, *Power/Knowledge. Selected Interviews and Other Writings 1972-1977*, Vintage Books, Nueva York.
- García López, Ana Camila, 2012, "Trabajo a cambio de pertenencia, empleadas domésticas en Bogotá, 1950-1980", en *Grafía. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Colombia*, vol. 9, pp. 159-174. Disponible en línea: <<https://bit.ly/2OJLzZz>>.
- Giles, Wenona, 1992, "Gender Inequality and Resistance: The Case of Portuguese Women in London", en *Anthropological Quarterly*, vol. 65, núm. 2, 67-79.
- Graeber, David, 2004, *Fragments of an Anarchist Anthropology*, Prickly Paradigm Press, Chicago.
- Hablemos de Empleadas Domésticas, 2019, Investigaciones. Disponible en línea: <<http://trabajadorasdomesticas.org/dicen-ellas/investigaciones.html>>.
- Harzig, Christiane, 2006, "Domestics of the World (Unite?): Labor Migration Systems and Personal Trajectories of Household Workers in Historical and Global Perspective", en *Journal of American Ethnic History*, vol. 25, núms. 2-3, pp. 48-73. Disponible en línea: <<https://www.jstor.org/stable/27501688>>.
- Irazábal, Clara, 2009, "One Size Does Not Fit All: Land Markets and Property Rights for the Construction of the Just City", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 33, núm. 2, pp. 558-563.
- Jacobs, Jane, 1992, *The Death and Life of Great American Cities*, Vintage Books, Nueva York.
- Jirón Martínez, Ana Paola, 2012, "Mobility Challenges in Santiago de Chile: Improving Diagnosis and the Need to Shift the Understanding of Urban Inequality from Fixed Enclaves to Mobile Gradients", en Dennis Rodgers, Jo Beall y Ravi Kanbur (eds.), *Latin American Urban Development into the 21st Century. Towards a Renew Perspective on the City*, Palgrave Macmillan (Studies in Development Economics and Policy), Londres y Nueva York, pp. 80-102.
- Lautier, Bruno, 2003, "Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones sobre el caso brasileño", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 54, núm. 4, pp. 789-814.
- Leitner, Helga, 2012, "Spaces of Encounters: Immigration, Race, Class, and the Politics of Belonging in Small-Town America", en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 102, núm. 4, pp. 828-846.
- Lim, Jason, 2010, "Immanent Politics: Thinking Race and Ethnicity through Affect and Machinism", en *Environment and Planning A: Economy and Space*, vol. 42, núm. 10, pp. 2393-2409.
- Masi De Casanova, Erynn, 2013, "Embodied Inequality: The Experience of Domestic Work in Urban Ecuador", en *Gender and Society*, núm. 27, pp. 561-585. doi: <10.1177/0891243213483895>.
- Matejskova, Tatiana y Helga Leitner, 2011, "Urban Encounters with Difference: The Contact Hypothesis and Immigrant Integration Projects in Eastern Berlin", en *Social and Cultural Geography*, vol. 12, núm. 7, pp. 717-741.
- Montoya, Valentina, 2019, "'Uno se resigna a que el transporte es así': trabajadoras domésticas sindicalizadas atravesando Medellín", en *Revista CS*, núm. especial, pp. 79-110.
- Parreñas Salazar, Rhacel, 2001, *Servants of Globalization. Women, Migration and Domestic Work*, Stanford University Press, Stanford.

- Peterson, Melike, 2017, "Living with Difference in Hyper-Diverse Areas: How Important are Encounters in Semi-Public Spaces?", en *Social and Cultural Geography*, vol. 18, núm. 8, pp. 1067-1085.
- Porras Santanilla, Laura Cecilia, 2018, "Viviendo del Rebusque:" *A Study of How Law Affects Street Rebuscadores in Bogotá*, tesis de doctorado en filosofía del derecho, University of Ottawa, Ottawa.
- Rico de Alonso, Ana, 2001, "Familia, género, pobreza urbana en Colombia: supervivencia y futuro", en *Papel Político*, núm. 13, pp. 115-135.
- Riquelme Brevis, Hernán, 2014, "Empleo doméstico en Navarra. Reflexiones en torno a la percepción de las mujeres sudamericanas inmigradas, sobre su experiencia en el ámbito del cuidado", en *Universum*, vol. 1, núm. 29, pp. 139-152.
- Roberts, Bryan, 2005, "Globalization and Latin American Cities", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 29, núm. 1, pp. 110-123.
- Rodgers, Dennis, Jo Beall y Ravi Kanbur, 2012, "Towards a New Research Agenda for 21st Century Latin American Urban Development", en Dennis Rodgers, Jo Beall y Ravi Kanbur (eds.), *Latin American Urban Development into the 21st Century: Towards a Renewed Perspective on the City*, Palgrave Macmillan (Studies in Development Economics and Policy), Londres y Nueva York, pp. 259-264.
- Rodríguez Vignoli, Jorge y Camilo Arriagada, 2003, *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Organización de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- , 2004, "Segregación residencial en la ciudad latinoamericana", en *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, vol. 30, núm. 89, pp. 5-24.
- Rollins, Judith, 1990, "Entre femmes. Les domestiques et leurs patronnes", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 84, núm. 1, pp. 63-77.
- Sabatini, Francisco, 2003, *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*, Banco Interamericano de Desarrollo (Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Serie Azul, núm. 35), Santiago de Chile.
- Salzinger, Leslie, 1991, "A Maid by Any Other Name: The Transformation of 'Dirty Work' by Central American Immigrants", en Michael Burawoy, Alice Burton, Ann Arnett Ferguson y Kathryn J. Fox (coords.), *Ethnography Unbound: Power and Resistance in the Modern Metropolis*, University of California Press, Berkeley, pp. 139-160.
- Saldaña Tejeda, Abril, 2013, "Racismo, proximidad y mestizaje: el caso de las mujeres en el servicio doméstico en México", en *Trayectorias*, vol. 15, núm. 37, pp. 73-89.
- Santos Alarcón, Diana Sofía, 2012, *Aproximación a un mundo oculto: la experiencia del trabajo doméstico en refugiadas colombianas*, tesis de maestría en ciencias sociales con mención en sociología, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Ecuador, Quito.
- Sennett, Richard, 2002, "Cosmopolitanism and the Social Experience of Cities", en Steven Vertovec y Robind Cohen (eds.), *Conceiving Cosmopolitanism. Theory, Context and Practice*, Oxford University Press, Oxford, pp. 42-47.
- Simmel, Georg, 2002, "The Metropolis and Mental Life", en Gary Bridge y Sophie Watson (eds.), *The Blackwell City Reader*, Blackwell, Malden, pp. 11-19.
- Thibert, Joel y Giselle Andrea Osorio, 2013, "Urban Segregation and Metropolitica in Latin America: The Case of Bogota, Colombia", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 38, núm. 4, pp. 1319-1343.
- Thrift, Nigel, 2005, "But Malice Aforethought: Cities and the Natural History of Hatred", en *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 30, núm. 2, pp. 133-150.
- Uribe Mallarino, Consuelo y Camila Pardo Pérez, 2006, "La ciudad vivida: movilidad espacial y representaciones sobre la estratificación social en Bogotá", en *Universitas Humanística*, núm. 62, pp. 169-204.
- Valentine, Gill, 2008, "Living with Difference: Reflections on Geographies of Encounter", en *Progress in Human Geography*, vol. 32, núm. 3, pp. 323-337.
- Valentine, Gill y Louise Waite, 2012, "Negotiating Difference Through Everyday Encounters: The Case of Sexual Orientation and Religion and Belief", en *Antipode*, vol. 44, núm. 2, pp. 474-492.
- Watson, Sophie, 2009, "The Magic of the Marketplace: Sociality in a Neglected Public Space", en *Urban Studies*, vol. 46, núm. 8, pp. 1577-1591.

Entrevistas

Consuelo, Bogotá, 23 de febrero de 2017.

Diana, Bogotá, 24 de mayo de 2019.

Dora, Bogotá, 6 de junio de 2019.

Flora, Bogotá, 27 de junio de 2019.

Leidy, Bogotá, 22 de julio de 2019.

Lorena, Bogotá, 18 de julio de 2019.

Luz, Bogotá, 26 de mayo de 2019.

María, Bogotá, 10 de abril de 2017.

Mónica, Bogotá, 13 de agosto de 2019.

Nelsa, Bogotá, 18 de julio de 2019.

Sandra, Bogotá, 4 de junio de 2019.